

**E X T R A
O R D I N
A R I U M**

**S E R G I O
P A V Ó N**



Macleín *y* Parker

PRIMERA EDICIÓN Abril de 2017 **DEL TEXTO** © Sergio Pavón, 2017 **DE LAS ILUSTRACIONES** © Sergio Pavón, 2017 **DE LA EDICIÓN** © Maclein y Parker, 2017. Pasaje Lagunas de Ruidera, 6. 41701, Dos Hermanas, Sevilla. www.macleinyparker.com **EDICIÓN Y CORRECCIÓN** Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Maclein y Parker) **DISEÑO DE LA COLECCIÓN Y MAQUETACIÓN** Antonio Abad (Maclein y Parker) **IMPRESIÓN** Gráficas La Paz. Impreso en España / *Printed in Spain* Papel: Coral Book White (120 g/m²) y Sensation Tradition Gloss (270 g/m²) **ISBN:** 978-84-946586-5-5 **DEPÓSITO LEGAL:** SE-643-2017

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Para Andrea

No sabría describir lo que sentí cuando, un caluroso día de verano, a la hora punta del mediodía, vi aquella figura que se me acercaba.

SAMUEL PECK

PIEDRAS

(INTRODUCCIÓN AL SUEÑO)

CAMINABA somnoliento hacia la cama cuando una fuerte intuición me agarró el estómago comprimiéndolo dentro de un puño, obligándome a parar en mitad del puente. Miré hacia abajo a través de la fina separación entre los dos grandes bloques de piedra que se unían junto a mis pies, me giré y busqué mayor comodidad bajo la manta, enroscando mi cuerpo para obtener el máximo calor posible en aquella cruda noche de invierno.

Un río plateado y serpenteante avanzaba separando en dos vertientes el terreno rocoso, captando con su fuerza toda mi atención. De pronto, acompañada de una bronca sacudida, la recia construcción comenzó a temblar amenazando el desplome. Un sudor lento y frío empapaba mi pijama, haciendo que me revoliera nervioso debajo de las sábanas. Corrí hacia el otro extremo del puente para ponerme a salvo. Nada más alcanzarlo, pude contemplar su estrepitosa caída. Fueron necesarios varios minutos para que el estruendo se silenciara. Mientras la nube de polvo se disipaba, las grandes piedras iban quedando sumergidas en las feroces aguas.

La noche trajo consigo una gran Luna llena. Su brillante luz era la única compañía en aquel inhóspito lugar donde mi cuerpo había quedado paralizado. El bosque dormía, permitiendo apenas que el plateado resplandor penetrara en su espesura. Ningún animal en aquel paraje, ningún sonido, ningún viento que soplara entre las hojas; únicamente la risa suave del río podía oírse a lo lejos.

Comenzó a caer una fina lluvia de invisible pero intensa tristeza, calando poco a poco con sus gotas, instalando en mí una profunda melancolía. Las fuerzas me abandonaban, y mi cuerpo, tumbado

a varios metros de altura sobre el nivel de la corriente, apenas podía levantarse del suelo y reiniciar la marcha. La honda tristeza mantenía inerte toda ilusión en mí, inmovilizando los músculos, debilitando el movimiento. Poco a poco fue vencíendome el agotamiento, no pudiendo más que cubrirme con la gruesa manta y formar con el cuerpo un nudo a fin de encontrar y guardar todo el calor posible dentro de la habitación...

Las horas pasaban y con cada minuto la movilidad de mis articulaciones se reducía dando paso a una correosa rigidez. El corazón apenas podía mantener su latido, rodeado de nudos internos, detenido entre pliegues de madera. Bajo mis ropas asomaban gruesas ramas llenas de musgo y hojas secas que rozaban el suelo con sus puntas, ocultándome casi por completo.

Después de aquella noche febril, tan larga como fría, tan negra como muda, la claridad del amanecer asomó entre las cortinas. El viento comenzó a arremolinar nubes en el techo de la habitación, agrupándolas en pequeñas borrascas cargadas de gris. Mis ojos —aún vivos— seguían el movimiento circular de aquellos algodones sobre la cama. Las enormes piedras del puente habían quedado ahogadas en el río, que con su aumentado caudal inundaba el suelo del cuarto. Mi corazón, aunque deshidratado como un fruto maduro secado al sol, todavía anudaba retazos de la alegría y el arroyo que hacía tiempo pudo albergar; mis pupilas aún retenían el azul cristalino del cielo, resistiéndose a perderlo.

Lejos, allá en las lindes del bosque, me había transformado en pura vegetación, en árbol, en ramas, pero con un secreto en forma de corazón guardado en mi interior. Miraba la bóveda azul contemplando el balanceo de mis hojas recortadas nítidamente sobre ella, mientras el ejército de nubecillas ensuciaba la bonita vista. Las numerosas borrascas se entrelazaban ocultando el cielo hasta que el gris se apoderó de la estancia. Empujándose unas a otras, se apretaban nerviosas sobre la cama, desde donde podía oír su inquieto murmullo. Los cristales repiqueteaban movidos por el viento que trataba de entrar, golpeándolos con insistencia. Finalmente la ventana cedió, apareciendo una pequeña nube de color negro precedida de un eufórico baile ejecutado por las cortinas. Avanzó hacia el interior describiendo círculos y espirales, como si

jugara, hasta colisionar de manera suave con las otras, que parecían esperar con impaciencia el momento.

Empezaron a caer las primeras gotas y, con ellas, una fuerte pero agradable tormenta tibia. Mis ramas se mojaban, las sábanas quedaban empapadas bajo el fuerte aguacero, el olor a tierra húmeda borraba la tristeza. Mi corazón se hinchaba recobrando la vida, desanudándose, enrojeciéndose, llevando de nuevo la sangre por todo mi cuerpo.

Mientras tanto, allá lejos, bajo la cama, se oía la risa del río con sus aguas de serpiente...

